

EL PUENTE, LA FRONTERA Y LA JAULA CRISIS CULTURAL E IDENTIDAD EN LA CONDICIÓN POSTMEXICANA¹

ROGER BARTRA

En México, lo mismo que en el resto de Norteamérica, la sociología está atravesando un periodo crítico y turbulento. El interés por construir puentes interdisciplinarios se ha convertido en una necesidad apremiante. Al mismo tiempo, poderosas tendencias políticas y económicas están tejiendo nuevas formas de interacción que superan las limitaciones tradicionales. El Tratado de Libre Comercio es un resultado de estas tendencias.

A partir de estos hechos trataré de exponer sucintamente algunas reflexiones tanto sobre la crisis de las identidades nacionales como sobre las angustias y las esperanzas que veo crecer en la sociología contemporánea en el norte de América. La necesidad de sintetizar me obliga —lo cual para mí es un placer— a usar metáforas que expresan muy libremente los temas que quiero abordar. Al hablar del puente, la frontera y la jaula usaré estas imágenes más como los ingredientes de una fábula que como conceptos científicos. Y no obstante pretendo que la fábula nos lleve hacia la ciencia.

Imagino al sociólogo encerrado en una especie de jaula hermenéutica delimitada por los barrotes de una frontera; esta frontera define nuestro espacio pero también limita nuestros esfuerzos. Frente a esta angustiada contradicción entre identidad y libertad, aspiramos a construir un puente hacia el exterior, pero nos preocupa que se derrumbe después de cruzarlo y no podamos regresar. Esta ansiedad ha molestado a los sociólogos desde hace varias décadas. Hace medio siglo, a principios de la postguerra, Robert Merton declaró que desconfiaba de las teorías generales e hizo un llamado a concentrarse en el desarrollo de teorías sociales de rango medio (*middle range*). Con ello se podrían evitar los peligros de volar demasiado alto y lejos de la jaula, y se justificaba la creciente especialización. El peligro de esta vía hacia la *aurea mediocritas*, la medianía dorada, consistía en un rendimiento decreciente en la acumulación de tesis significativas sobre la sociedad. Paul Lazarsfeld se preguntaba hace cuarenta años: "¿Qué es lo que ha aportado la investigación social en los últimos cincuenta años? ¿Hay algún descubrimiento sociológico

que no haya sido anticipado por los filósofos o los novelistas?" No sólo insinuaba que se había logrado poco, sino que auguraba un futuro igualmente mediocre: "es poco probable —dijo— que se realicen «descubrimientos» sorprendentes en los tiempos que vienen".²

Los sociólogos al sur del río Bravo aceptaban con más naturalidad el hecho de que su ciencia pudiese mantenerse como una disciplina ambigua basada en impresiones, y les molestaba menos que las fronteras de la ciencia social con las obras de Carlos Fuentes, Octavio Paz o Juan Rulfo fuesen poco definidas. En contraste, eran rígidos en materia de fronteras nacionales, al punto que, por ejemplo, aceptaron y refinaron una teoría de la dependencia —para explicar el subdesarrollo— que sólo tenía sentido si se partía de la existencia sustancial de los límites estatales heredados de la condición colonial. La sociología se encerró en la jaula nacionalista.

Algunos científicos sociales tendieron puentes hacia el norte, pero se toparon con que en Estados Unidos la sociología había construido otra jaula con la obsesión cuasi medieval por la clasificación, la codificación y la cuantificación, y vivía encerrada tras de una jerga postweberiana prácticamente impenetrable. Para agravar la claustrofobia de algunos sociólogos, el uso de sofisticados recursos estadísticos, al acercar la sociología a las ciencias naturales, despertó las sospechas de algunos matemáticos de que podría ser una vana esperanza esperar un florecimiento de las ciencias sociales, debido a que la mayor parte de los fenómenos estudiados son de una clase altamente indeterminada. El trabajo matemático necesario para validar estructuras sociales podría superar con creces el ya realizado por los físicos con la indeterminación en la mecánica cuántica, y además no promete resultados muy significativos.³

Por su parte, las ciencias sociales en México —como en algunos otros países de América Latina— se habían subido a la carroza del Estado nacional y desarrollaron ciertos refinamientos teóricos, especialmente en el estudio de los fenómenos rurales y de la política, impulsados por la fuerza desencade-

nada por una revolución agraria que cristalizó en un Estado nacional especialmente complejo y sofisticado, aunque autoritario y poco democrático. Sin embargo, la sociología quedó atrapada en una extraña paradoja: a pesar de sostenerse sobre una base nacionalista, despreció durante muchos años el estudio de la simbología cultural. Así, en lugar de interesarse por las expresiones culturales del fenómeno nacional, prefirió acercarse a las formulaciones económicas. Aquí también se tuvo la incómoda sospecha de que la sociología, preocupada principalmente por explicar la dependencia y el sistema global de dominación, se hallaba atrapada por la ley de los rendimientos decrecientes. Al buscar un mayor sustento científico en la economía, cayó en una trampa y no dispuso el misterio que la obsesionaba: las causas del subdesarrollo. Los sociólogos que heredaron y continuaron esta tradición llegaron a la conclusión de que la dependencia y la globalización (o, como algunos prefieren decir, el subdesarrollo y el neoliberalismo) habían impedido que en México se desarrollase una sociedad civil consistente y fuerte. El proceso habría sido catastrófico, el fascismo o el caos amenazarían al sistema y la solución —en caso de vislumbrar alguna— debía venir de un apoyo a las formas blandas, semi-democráticas y populistas, del autoritarismo, o bien de una alternativa de salvación nacional más o menos revolucionaria, que abriese paso a una nueva forma de desarrollo económico. Se esperaba, ingenuamente, que la globalización provocaría una crisis que debilitaría las fuerzas imperialistas de los Estados Unidos.

Frente a estas interpretaciones, creció otro enfoque sociológico que examinó con cuidado la dimensión cultural y simbólica, y llegó a la conclusión opuesta: el sistema mexicano se apoyaba en una sólida sociedad civil, cuya complejidad permitía explicar la legitimidad del autoritarismo nacionalista. A esta conclusión se agregó la tesis de que al interior de esta sociedad civil estaban ocurriendo ciertos cambios en la constitución de la identidad nacional que permitían suponer que se acercaba una crisis profunda del sistema. Algunos creíamos, además, que se trataba de una crisis de legitimidad y de un mal funcionamiento de los aparatos mediadores. Los estudios sobre la identidad y "lo mexicano" se ligaron a los enfoques que analizaban las relaciones de poder desde puntos de vista que hoy suelen calificarse de postmodernos. Desde esta perspectiva, las alternativas se podían encontrar en la misma sociedad civil cambiante, y debían formar parte de la globalización en lugar de oponerse a ella. Paradójicamente, la globalización parecía fortalecer, en lugar de debilitar, a la cultura cívica; en cambio, el Estado autoritario no resistía bien los vientos globalizadores.

No puedo resistir la tentación de suponer que

existe una conexión entre la situación crítica de la sociología y las tensiones culturales que se observan en las sociedades del norte de América. Creo que esta conexión se puede encontrar precisamente en las formas en que pierden legitimidad las identidades tradicionales. Por lo que se refiere a México, estoy convencido de que estamos frente al problema de construir formas postnacionales de identidad, para usar la fórmula de Habermas. En este sentido, creo que podemos hablar de una condición postmexicana, no sólo porque la era del Tratado de Libre Comercio nos sumerge en la llamada globalización, sino principalmente porque la crisis del sistema político ha puesto fin a las formas específicamente "mexicanas" de legitimación y de identidad. Este proceso se comprende mejor si lo equiparamos a la caída de la cortina de hierro y al derrumbe del bloque socialista soviético. La "occidentalización" y, en el caso mexicano, la "norteamericanización" son un efecto importante pero derivado de la gran quiebra interior de un complejo sistema de legitimación y consenso.

Como quiera que se interpreten estos hechos, no cabe duda que el derrumbe de sistemas políticos que nacieron con el siglo que se acaba ha sido una gran sorpresa para muchos. Es posible que las ciencias sociales no hayan hecho ningún descubrimiento extraordinario, pero en contraste vastas regiones del mundo sufrieron cambios sociales sorprendentes. América Latina ha dejado de ser un mosaico de dictaduras, el mundo socialista se ha evaporado en el aire y Europa se está unificando. No es extraño, pues, que ante un mundo que cambia aceleradamente las ciencias sociales se sientan encerradas en una jaula anacrónica y busquen puentes para escapar. La sociología no hizo tal vez grandes descubrimientos, pero su objeto de estudio sufrió transformaciones espectaculares. Recordemos que los importantes avances en las ciencias sociales del siglo XIX —simbolizados por Marx y Tocqueville— tuvieron como motor o ímán el espectáculo del nuevo mundo que las revoluciones modernas inauguraron. A fin de cuentas, ellos tuvieron el privilegio de hacer la disección de un mundo en transición, de sociedades que en sus convulsiones dejaban ver sus entrañas y permitían que la mirada curiosa penetrase sus secretos íntimos. ¿No podemos esperar que el nuevo siglo atraiga nuevas miradas que descubran dimensiones sociales desconocidas?

Así pues, el hecho de que, sorprendentemente, el viejo sistema mexicano por fin se halle tendido agonizante en la mesa de disección de los sociólogos puede ser celebrado no sólo porque sobre su cadáver se está tendiendo un puente democrático; tengo la esperanza de que, además, sea el factor que va a espolear las ciencias sociales.

Ha sido una profunda crisis de identidad y legiti-

midad, que comenzó a madurar en 1968, la que ha aniquilado al viejo régimen mexicano. Este tipo de crisis ofrece momentos privilegiados para la investigación y la reflexión. Las caídas de un sistema son como los eclipses de sol para los astrónomos: en esos momentos podemos observar mejor el perfil de una sociedad y las grandes tensiones que la cruzan. Súbitamente el sociólogo se da cuenta de que se han desvanecido las fronteras, las rejas de la jaula han caído y contempla un espacio exterior iluminado por la extraña luz del eclipse. Esta pálida luminosidad parece invitarnos a la macabra pero fascinante tarea de examinar un cuerpo social *in articulo mortis*, de escuchar sus estertores y comenzar a escribir el certificado *post mortem*.

En esos momentos nos preguntamos: ¿es posible enfocar nuestros instrumentos para localizar ciertos órganos, mecanismos, sistemas, aparatos y procesos, conocer su *modus operandi* y predecir su mal funcionamiento? ¿Es posible determinar si alguno de estos órganos o aparatos es responsable, por ejemplo, de las funciones de legitimación? Tal vez los efectos mágicos de la luz crepuscular me hacen pensar que sí es posible; o que será posible en un futuro cercano.

De momento, me parece que podemos comprender que el fin del sistema político mexicano forma parte de las grandes transformaciones que en todo el mundo han sacudido a los regímenes sustentados en tradiciones revolucionarias y que marcan el fin del siglo XX; hasta cierto punto, la reforma democrática mexicana es una secuela del gran sismo de 1989. Ni siquiera el Tratado de Libre Comercio pudo evitar la sacudida, e incluso tal vez la aceleró. Ahora bien, desde la temblorosa perspectiva mexicana, nos podemos preguntar: ¿los grandes cambios en el mundo no van a afectar al sistema político de los Estados Unidos? ¿Hasta qué punto la caída del muro de Berlín ha afectado los aparatos legitimadores en la Unión Americana? Estas son preguntas que algunos atónitos mexicanos nos hacemos cuando aceptamos la invitación de cruzar la frontera por medio de los puentes que nos tiende la sociología de los Estados Unidos. Pero no podemos llegar como espaldas mojadas de la academia: somos más bien intelectuales que mojan la pólvora del entusiasmo norteamericano por el aparente fin de la historia.⁴

Yo estoy convencido de que la creación y estimulación de sentimientos públicos sobre la otredad es una de las funciones más importantes de los aparatos de legitimación.⁵ Me cuesta trabajo creer que el final de la guerra fría y la extinción del comunismo como gran encarnación de la alteridad amenazadora no provoquen, en algún momento del futuro cercano, cambios o sacudidas importantes en el sistema político de los Estados Unidos.

Pero abandonemos este *wishful thinking* y retornemos a México, donde durante años los Estados Unidos encarnaron la alteridad amenazadora. El Tratado de Libre Comercio marcó el fin de este mito, que ya estaba muy erosionado, y ayudó a abrir las puertas de lo que he llamado la jaula de la melancolía, para referirme a la peculiar estructura política y cultural que definía la identidad nacional postrevolucionaria, por oposición a esa moderna jaula de hierro desencantada de la que habló Weber.⁶ Pero la forma en que fue aprobado el Tratado de Libre Comercio no sólo tendió un puente y abrió las puertas de la jaula, sino que destapó también la caja de Pandora. El proceso fue muy rápido, y se negoció precipitadamente una apertura comercial que debió haber comenzado muchos años antes, pero que había sido bloqueada tercamente por la clase gobernante nacionalista. El proceso de liberalización comercial tomó por sorpresa a una incauta élite que no supo negociar con eficacia ni tuvo el tiempo de aprender a navegar en el espacio del libre comercio. Como una ironía de la historia, junto con el Tratado de Libre Comercio surgieron súbitamente amenazas internas que adquirieron una virulencia y una resonancia imprevistas, y que sustituyeron la vaga amenaza del gigante del norte. Un movimiento indígena guerrillero, audaz e imaginativo, retó al gobierno, provocó una crisis política y colocó la reforma democrática en la agenda. Además, una confusa y opaca coalición de intereses, entre los que se hallan los de los narcotraficantes, auspició unos espectaculares asesinatos políticos que conmovieron a la sociedad mexicana. Las elecciones presidenciales de 1994 fueron extremadamente tensas y fueron seguidas de nuevos problemas económicos. De la noche a la mañana, el Tratado de Libre Comercio parecía haber borrado las amenazas externas, pero había invocado los peligros internos, que fueron conjurados no tanto por la habilidad de los políticos gobernantes sino principalmente por la solidez de una sociedad civil que propició la transición hacia un régimen democrático.

La crisis de identidad que ha abierto la jaula mexicana, ha construido puentes y ha derribado fronteras, ha provocado también algunos inquietantes efectos perversos. Quiero poner un ejemplo. La identidad nacional se basaba en un modelo integracionista que impulsaba la fusión de europeos e indios, y exaltaba el proceso unificador del *mestizaje* (término para el cual no existe una buena traducción al inglés). Los problemas raciales y étnicos se resolvían aparentemente al disolverse en un *continuum* teñido de formas paternalistas de construcción de la unidad nacional. En la misma época en que en México se consolidaba esta política, durante los años treinta, en los Estados Unidos se aprobaba una legislación

que auspició en las reservaciones indias formas de autogobierno que combinaron mecanismos tradicionales con métodos legislativos modernos. Ambas sueltas soluciones fracasaron, cada una a su manera.

En México hoy se está transitando del paternalismo integracionista a un patrimonialismo, para usar un término de Weber, con tonos multiculturales y segregadores. Es la mezcla de dos fracasos en un extraño coctel: las experiencias soviéticas de organizar la autonomía nacional con la vía norteamericana de mantener separados a los grupos étnicos y raciales. El resultado es que en muchas regiones rurales del sur de México se están implantando gobiernos supuestamente indígenas, basadas en los llamados "usos y costumbres", los cuales no son en realidad más que restos de formas políticas y religiosas coloniales españolas. Ello es legitimado a veces mediante ese tipo de relativismo cultural que en los Estados Unidos suele ser etiquetado como "políticamente correcto".⁷

Este es sólo un ejemplo de la manera en que la clase gobernante tradicional quiere impulsar mecanismos postdemocráticos de representación, para evitar que el colapso del viejo sistema limite su po-

der. Así como en las regiones indígenas se tiende a sustituir el voto por los consejos de viejos caciques, en el resto de la sociedad se quiere sustituir las elecciones por negociaciones, la discusión en la cámara de diputados por el cabildeo, los ciudadanos por las corporaciones, y los individuos por las organizaciones no gubernamentales, los movimientos de base o las guerrillas virtuales. Esta peculiar amenaza post-democrática se parece vagamente al abandono de la política de derechos civiles, ciega a las diferencias raciales, que todavía dominaba en los años sesenta en los Estados Unidos, y que ha sido parcialmente remplazada por los programas multiculturales y multirraciales que hoy conocemos.

Es en este punto donde los procesos en México y en Estados Unidos se encuentran, a mitad del puente, y donde podemos preguntarnos si no estamos ante un punto crítico que anuncia cambios significativos. Cambios que afectarán no sólo los mecanismos del sistema político, sino también ciertos aspectos de la civilización y de la cultura profunda de lo que solemos llamar el Occidente moderno.



Primavera, Okutama, 1927

NOTAS

¹ Traducción de "The Bridge, the Border, and the Cage: Cultural Crisis and Identity in the Post-Mexican Condition" (conferencia presentada en la sesión inaugural plenaria de la reunión anual de la American Sociological Association, el 9 de agosto de 1997, en Toronto). La reunión se realizó bajo el tema general de "Puentes para la sociología: internacionales e interdisciplinarios".

² Paul F. Lazarsfeld, "Problems in Methodology", en *Sociology Today*, editado por R. K. Merton, L. Broom and L. S. Cottrell, Jr., New York: Basic Books, 1959, p. 39.

³ Véase al respecto de Gunther S. Stent, *The Coming of the Golden Age. A View of the End of Progress*, New York: American Museum of Natural History, 1969, capítulo 6.

⁴ En el original, esta frase contiene un juego intraducible con las palabras "academic wetbacks" e "intellectual wet-blankets".

⁵ Véase mi libro *The Imaginary Networks of Political Power*, Rutgers University Press, New Brunswick, 1992. [*Las redes imaginarias del poder político*, nueva edición corregida, revisada y aumentada, Oceano, México, 1996].

⁶ *The Cage of Melancholy. Identity and Metamorphosis in the Mexican Character*, Rutgers University Press, New Brunswick, 1992. [*La jaula de la melancolía*, Grijalbo, México, 1987].

⁷ He discutido este problema en dos ensayos: "Violencias indígenas", *La Jornada Semanal* 130 (1997), y "La tentación fundamentalista y el síndrome de Jezabel", *Enfoque* 128 (1996). ◀